

Oxford, 2009. 527 páginas.

Suele decirse que los pensadores clásicos son tales porque ninguna lectura de sus obras —por detallada, profunda o creativa que sea— puede ser definitiva. Como sucede con la composición artística acontece con la buena teoría política: por más que siempre se escriban igual, las partituras de Johann Sebastian Bach (1685-1750) o Igor Stravinsky (1882-1971) sonarán invariablemente diferentes según quién las interprete. Por analogía, no dirá lo mismo Niccolò Machiavelli (1469-1527) si se lo lee con la vista fijada en los fríos vientos del Nordeste, a los que Friedrich Hölderlin (1770-1843) cantaba, o con los oídos orientados hacia el Mediterráneo y el corazón colmado por el sol y el mar de la Provenza. Ninguna interpretación anula a la

otra, pero los acordes plasmados por el o la intérprete irán afectando y reinventando el pensamiento del autor, con sus propias tensiones, armonías y hallazgos. Así, Erica Benner¹ se acerca a la obra del florentino, atendiendo cuidadosamente a diversas y sustanciales lecturas que ha merecido por parte de sabios maestros del pensamiento político², pero con inspiración renovada que es la que, a la postre, le permite formular su mayor contribución:

Mientras que la interpretación ofrecida en el presente estudio fue originalmente inspirada por algunas de las lecturas mencionadas, al final he tenido que elaborar mis propias respuestas a las preguntas posadas por antiguos lectores. No obstante,

¹ Erica Benner se doctoró en Oxford en el año 1993. Desde entonces ha sido profesora visitante en diversos centros europeos, entre ellos: el Instituto de Filosofía de la Universidad de Varsovia (1993-1995), la Universidad de Oxford (1995-1997) y la London School of Economics (1997-2002). En los últimos años ha enseñado en la Universidad Central Europea, en Budapest, además de ser *Alexander Von Humboldt Fellowship* por la Universidad Libre de Berlín, ciudad donde actualmente reside. Gran parte de su trabajo ha estado orientado al estudio del nacionalismo, como atestigua su libro *Really Existing Nationalisms* (Oxford University Press, Oxford, 1995) y diversos artículos de investigación publicados en revistas de renombre, entre los que cabe destacar: “Is there a Core National Doctrine?": *Nations and Nationalism*, vol. 7, n.º 2 (2001); “Nationality without Nationalism”: *Journal of Political Ideologies*, vol. 2, n.º 2 (1997), pp. 189-206; “Nationalism within Reason”: *Australian Journal of Politics and History*, Special Issue on Nationalism, vol. 43, n.º 1 (1998), pp. 131-142 y “Marx and Engels on Nationalism and National Identity”: *Millennium*, vol. 17, n.º 1 (1998), pp. 1-23.

² Benner fundamenta su estudio en continuo diálogo con las lecturas de teóricos políticos de envergadura y calidad exquisita: Francis Bacon (1561-1626), Alberico Gentili (1552-1608), James Harrington (1611-1677), Henry Neville (1620-1694), Baruch Spinoza (1632-1677), Jean Jacques Rousseau (1712-1778), Friedrich Meinecke (1862-1954), Leo Strauss (1899-1973), Harvey Mansfield, Sheldon S. Wolin, J.G.A. Pocock y Quentin Skinner entre otros. La lista es aún más larga si se atiende a las anotaciones de la autora sobre el trabajo de Allan H. Gilbert (considerado el traductor canónico de Machiavelli al mundo anglosajón) o la copiosa bibliografía que comenta e incorpora de investigadores noveles.

esta no es una interpretación *sui generis*, sino una renovación de una muy antigua tradición en la lectura de Machiavelli: la que ve en él a un filósofo moral cuya teoría política está basada en el gobierno de la ley, y cuyo fondo y forma están fuertemente en deuda con la antigua ética griega (p. 5)³.

Benner comenta que su trabajo apunta hacia una lectura “filosófica e interpretativa”; pero, ya en la introducción del libro, advierte que busca contribuir a la historia de las ideas (p. 8). La importante “*lacuna*” (p. 9) que espera rellenar surge de la escasa atención que los estudiosos de Machiavelli han dado a la conexión del pensamiento y la obra del pensador florentino con la ética y el mundo teórico griego.

Con terciada madera de teórica política, y no tanto de historiadora, Benner se pregunta y especula sobre los motivos de esta negligencia. Y las respuestas que da apelan más a la imaginación política y al pensamiento creativo que al reverencial apego de los historiadores a las fuentes. Así, respecto de las tradicionales dudas históricas acerca de si Niccolò leía en griego, Benner argumenta que, precisamente por tratarse de dudas, no disponemos de evidencias que justifiquen lo contrario. Además, “aún si su griego era pobre o inexistente las obras de Tucídides, Jenofonte,

Platón, Aristóteles y Plutarco —aunque posiblemente no las de Polibio— estaban disponibles en latín y, en ciertos casos, en toscano vernáculo” (p. 9)⁴. Del mismo modo, diluye la admiración de Machiavelli hacia sus elogiados romanos (Tácito [circa 55-129], Salustio [86 a. C.-34 a. C.] y Tito Livio [59 a. C.-17 d. C.]), describiéndolos como “analistas críticos” (ibidem) de la corrompida y otrora virtuosa república romana. También como deudores de la tradición de pensamiento inaugurada por Tucídides (circa 460 a. C.-circa 396 a. C.), Jenofonte (circa 431 a. C.-354 a. C.) y Platón (circa 427 a. C.-347 a. C.); críticos también ellos de la “autodestructiva democracia ateniense” (ibidem). Aunque la autora no lo diga en estos términos, lo que está aplicando con bastante intuición no es un recurso heurístico cualquiera, ni está constriñéndose a una rigurosa exégesis de fuentes objetivas históricas. Más bien está echando mano de un *recurso retórico*, el de la analogía, para poder interpretar a Machiavelli. Cabe preguntarse, sin embargo, por el uso que ella hace del término *crítico* y, especialmente, del concepto *filosofía crítica griega*. Aún con todo lo novedoso y fértil que aporta el inscribir la obra maquiavelina en el contexto epistemológico de la tradición griega (pp. 52-53), esta aproximación se hace al pre-

³ “While the interpretation offered in the present study was originally inspired by some of the readings just set out, in the end I had to work out my own answers to questions posed by early readers. Nonetheless, this is not intended as an interpretation *sui generis*, but as a renewal of a very old tradition of Machiavelli readership: one that sees him as a moral philosopher whose political theory is based in the rule of law, and whose ‘manner’ and ‘matter’ of writing are heavily indebted to ancient Greek ethics”.

⁴ “Even if his Greek was poor or non-existent, the writings of Thucydides, Xenophon, Plato, Aristotle, and Plutarch —though possibly not of Polybius— were all available to him in Latin translation, and in some cases in Tuscan vernacular”.

cio de achacarle al florentino una concepción socrática de escritura y argumentación, es decir: *dialéctica*⁵.

Esto no supone para la autora mutilar los importantes trazos retóricos del pensamiento maquiaveliano, algo bastante improbable si se atiende a la fundamentación cuidadosa de estudiosos del humanismo renacentista como Quentin Skinner, Maurizio Viroli o J. G. A. Pocock —autores cuya aportación Benner recoge—; pero lo que sí implica es subsumir el componente retórico al compromiso con “cuestiones éticas y filosóficas”, compromiso que ella entiende como previo a *los usos* de la retórica y como medicinas en la obra de Niccolò que permitirían “discriminar entre más o menos reflexivos usos de la retórica, y *reconocer* usos corruptos o imprudentes de buenas palabras” (p. 38)⁶.

Así, los *medicamenta verborum* de los rétores humanistas del Renacimiento son trastocados por una suerte de metodología socrática dialéctica, siempre lista para la discriminación y la reflexividad. Se supone que esto presta servicio al buen ciudadano, aunque vale preguntar si no se trata tan solo de arrojarlo a nuevos controles

frente a la corrupción de un mundo político en decadencia. Como heredera de la tradición del pensamiento político calvinista que hoy impera, no sin fisuras, a ambos lados del Atlántico, Erica Benner no escapa al entendimiento de la *res publica* a partir de la regimentación y militarización del foro interno de la ciudadanía. De ahí que, para nuestra autora, uno de los mayores aportes de la filosofía ética de un genio como el de Machiavelli sea el de cultivar el estudio de “ejemplos de formas dañinas de persuasión [a fin de que] la gente pueda agudizar sus habilidades para identificar las estrategias manipulativas y pueda *resistirse* a ellas” (ibidem)⁷. A partir de este sentido tan predador y vigilante habría que entender la metáfora socrática de la caza, empleada tanto por Jenofonte como por Platón y rescatada por la autora, como forma de desenmascarar la verdad a través de “razonamientos dialécticos junto a otros” (p. 120). El objetivo es discriminar lo aparente de lo verdadero a la hora de establecer juicios relacionados con la virtud política y su ausencia. El tercer capítulo del libro, “Imitation and Knowledge” (pp. 101-134) abunda en esta idea para

⁵ “Machiavelli’s conceptions of truth and knowledge are non-dogmatic and critical, but entail the rejection of extreme skepticism. What Machiavelli counts as true, or an object of knowledge, is the best possible account of a thing; and one can only judge whether a particular account is best if it is compared with others. His methods of writing demonstrate his commitment to this dialectical position” (p. 126). [Las concepciones de Machiavelli de la verdad y el conocimiento son no dogmáticas y críticas, pero conllevan un rechazo del escepticismo extremo. Lo que Machiavelli entiende por verdad, o como objeto de conocimiento, es el mejor relato posible de una cosa; y uno solo puede juzgar si un relato particular es el mejor si es comparado con otros. Sus métodos de escritura demuestran su compromiso con esta posición dialéctica].

⁶ “[D]iscriminate between more and less reflexive uses of rhetoric, and to *recognize* corrupt or ill-judged uses of good words”. Cursiva en el original.

⁷ “[E]xamples of detrimental forms of persuasions, [in order to] people can sharpen their abilities to identify manipulative strategies and *build up resistance* to them”. La cursiva es nuestra.

dejar bien atado ante el lector un criterio que la experiencia tiende a contravenir: que la filosofía es la captura *a la brava* de la verdad y no tanto lo que su propio nombre indica, esto es: amor a la sabiduría⁸. Será tal vez por esto que un estudio así de meticuloso con los escritos maquiavelianos puede dejar alegremente de lado sus piezas literarias, obviando sus obras de teatro, biografías, cartas y poemas, como si fuesen ingredientes desdeñables que hay que *discriminar* o segregar como un elemento impuro del pensamiento⁹. Absorbida por los escritores socráticos que con tanto esfuerzo ha estudiado, a Benner le parece que entendida a partir del Eros, la filosofía es una idea un tanto pretenciosa y vana, más propia de sofistas y “autoproclamados ‘filósofos’ que utilizan la palabra para anunciar su propia y supuesta sabiduría” (p. 488)¹⁰. Un comentario desconcertante para alguien que ha leído con delicadeza a Leo Strauss (1899-1973) y que simpatiza con la idea —straussiana— que observa en Niccolò a un escritor *esotérico* (pp. 490-491).

Esta manera de acercarse a la filosofía y a la teoría de Machiavelli se proyecta

también sobre la forma en la que el libro se estructura. Se presenta dividido en cuatro partes —“*Contexts*” (pp. 15-97), “*Foundations*” (pp. 101-168), “*Principles*” (pp. 213-364) y “*Politics*” (pp. 367-483)— a su vez subdivididas cada una de ellas en varios capítulos, doce en total. El comienzo de cada apartado resume y agrupa, generalmente en dos posturas opuestas o antagónicas, las interpretaciones de otros autores sobre puntos específicos tratados por Machiavelli. En la mayoría de los casos, las dos corrientes de interpretación en cuestión son, por un lado, las que ven en Niccolò a un “empirista”, un “realista” —en palabras de Ernst Cassirer (1874-1945): el fundador de “una nueva ciencia de la política” (p. 169)— y, por tanto, un pensador que rompe con todas las consideraciones éticas y religiosas previas. Y, por otro lado, la de aquellos autores que aprecian en él a un humanista arraigado en la tradición ética y cívica de la Antigüedad. Los esfuerzos de Benner parecen apuntar no solo a sintetizar posturas contrapuestas, sino a dar una clave interpretativa diferente, aunque no del todo original, ya que paradójicamente acaba por parasitar las

⁸ Claro que el lector ya iniciado compartirá con la autora que en el mundo político que Machiavelli plasma raramente las cosas *son* como aparentan. Sin embargo, de este principio no se deduce ningún argumento dialéctico *per se*, ni puede descartarse de su obra una comprensión si bien astuta, algo más pacífica sobre el problema de la verdad.

⁹ Tan solo es citado una única vez uno de los poemas de Machiavelli, los *Tercetos sobre la Ambición* (p. 195) para referirse a los devastadores efectos en Italia del fracaso en el establecimiento de leyes fuertes que pongan límites a la ambición humana. No hay ninguna alusión a sus *Tercetos sobre Fortuna*, ni a la *Vita de Castruccio Castracani da Lucca*, *Mandragola*, *Clizia* o *L'Asino d'Oro*.

¹⁰ “[Both Socrates and later participants in this tradition disavowed the name of philosopher as a conceit when applied to oneself. Although the word properly means ‘lover of wisdom’, this meaning had often been corrupted by]...self-proclaimed ‘philosophers’ who use the word to advertise their own ostensible wisdom”.

interpretaciones previas. En este esquema tan dialéctico que se replica una y otra vez en el inicio de cada capítulo retumba estridente el eco del *ars disputatrix* escolástico¹¹ que concibe el acceso al conocimiento solo a partir de la contienda y el tironeo teórico. En este aspecto, el libro no hace más que desalentar la disposición mental del lector, que a estas alturas ya presiente que no encontrará aquí consuelo ninguno para el alma ni antídoto para las ansiedades y tensiones que seguramente genera el pensar en profundidad la política.

Por ello, cuando hacia el final de páginas y páginas que aportan tantas voces al estudio del maestro florentino la autora elabora la concepción de hombre y ciudadano *que ella ve* en Machiavelli —“una

incorregible e inestable mezcla de pulsiones animales y capacidades para la *auto-disciplina*, de natural egoísmo, de un lado, y capacidades para *reconocer razones* para limitar los propios apetitos, del otro” (p. 492)¹²— una siente ganas de volver a las cartas que Niccolò envió a su amigo Francesco Guicciardini (1483-1540). En concreto, a aquella de 1525 que firmó como “Niccolò Machiavelli, historico, comico et tragico”¹³. Al menos, para poder respirar y relajarse un poco, y quizás, con el concurso de Fortuna y la asistencia de Eros, visitar en esos márgenes tan libres y reverdecidos de su pensamiento una lectura más apaciguada y ensoñada que la que la autora nos propone.

SILVINA VÁZQUEZ

¹¹ En cuanto a las diversas apropiaciones del razonar dialéctico sobre el entendimiento y las formas retóricas del pensamiento puede consultarse la reseña que le dedica Jorge Loza-Balparda al libro de Bryan GARSTEN, *Saving Persuasion. A Defense of Rhetoric and Judgment*, Harvard University Press, Cambridge, London, 2009. Jorge LOZA-BALPARDA, “Una defensa de la retórica y el juicio”: *Foro Interno*, n.º 10, (2010), pp. 137-154.

¹² “[A]n incorrigible unstable mix of animal drives and capacities for *self-discipline*; of natural selfishness on the one hand, and on the other capacities to *recognize reasons* to limit one’s own appetites...”. La cursiva es nuestra.

¹³ “De Niccolò Machiavelli a Francesco Guicciardini”, Lettera n.º 291, Firenze, 21 de octubre de 1525, http://www.classicitaliani.it/machiav/mac64_let_07.htm (19/6/2012).